

superior. Napoleón montó en cólera por «la cobardía y traición» de Villeneuve, pero esto no modificó en nada su situación: comprendió, pues, que le era forzoso esperar y pensó en otro golpe. En 23 de agosto escribió a Talleyrand: «Mi resolución está tomada. Mis escuadras se han presentado por fin el día 14 en las alturas del cabo Ortegal. Venid al canal, todavía es tiempo: me embarco y llevo a cabo el desembarque: en Londres quiero romper los nudos de todas las coaliciones. Si mis almirantes no tienen carácter ó maniobran mal, levanto mi campamento del Océano, me lanzo con 200,000 hombres sobre Alemania y no paro hasta llegar á los confines de Viena, apoderarme de Venecia y de todo cuanto el Austria posee en Italia y arrojar á los Borbones de Italia. No dejaré que los rusos y los austriacos se unan y los derrotaré antes de que se junten. Cuando el continente esté en paz, volveré al Océano para trabajar de nuevo por la paz marítima (1).»

En aquel mismo día envió á Talleyrand la orden de preparar el manifiesto para la guerra continental y de estudiar

las memorias de sus ministros sobre la acumulacion de tropas austriacas en el Tirol y en Italia (2).

En 24 de agosto se encargó al general Duroc que se dirigiera á Berlín y entregara al rey de Prusia una carta, en la cual se le invitaba á firmar una alianza ofensiva y defensiva, y á obligarse en su virtud á proporcionar tropas contra el Austria, á cambio de cuyo servicio se le concedía la soberanía de Hannover (3). El general Bertrand salió el 25 de agosto para Munich, portador de otra carta en que se anunciaba con el mayor secreto al elector de Baviera la próxima aparición de los franceses y la inminencia de una guerra que habia de proporcionar gloria y provecho á la nacion bávara (4).

Inmediatamente comenzó la marcha del grueso del ejército desde Boulogne hácia el Rhin; Marmont en Holanda y Bernadotte en Hannover recibieron órden de ponerse en camino hácia el Sur, y antes de que Napoleón saliera, á principios de setiembre, de Boulogne, estaba en movimiento toda aquella maquinaria que prometia á la espantosa superioridad de sus fuerzas victorias sin cuento.

## LIBRO SEGUNDO

### LUCHAS DEL IMPERIO POR LA DOMINACION UNIVERSAL

#### CAPITULO PRIMERO

GUILLERMO PITT Y EL EMPERADOR ALEJANDRO I  
POLÍTICA GUERRERA ANGLORUSA  
Y PROPOSICION HECHA POR CZARTORYSKI Á LA PRUSIA

En la obra de la paz de Londres (1.º de octubre de 1801) y de Amiens (27 de marzo de 1802), el gabinete Addington habia descuidado algunas cosas que los ministros ingleses no hubieran debido echar en olvido. De la lucha por la evacuacion de Malta, que originó el rompimiento de la paz, y las quejas sobre las invasiones de Napoleón en Holanda, Italia y Suiza, parecia deducirse que el error acerca del espíritu de la política continental de Francia era la única causa de las faltas cometidas por los ingleses, respecto de las cuales habia gran diversidad de opiniones sobre si debian ser mas ó menos perdonadas. En realidad se trataba del desconocimiento y abandono de intereses vitales de Inglaterra, y éste era un proceder imperdonable, sea cual fuere el punto de vista de que se partiera.

Poco tiempo hacia que se habia firmado la paz preliminar de 1.º de octubre de 1801 cuando un hombre de Estado de gran talento, Eduardo Cooke, dirigió á un individuo del gabinete, lord Roberto Castlereagh (nacido en 1769), una memoria en la cual demostraba que la continuacion de la guerra seria mejor para Inglaterra que un tratado de paz y que éste, basado en los artículos en Londres convenidos, arruinaría á Inglaterra, destruiría su poder marítimo y mercantil y acabaría con su hacienda (5). En dicho documento se decia: «En

(1) Thiers, tomo V, pág. 459.

(2) *Corresp.*, XI, págs. 133-134.

(3) *Corresp.*, XI, págs. 127, 129 y 116.

(4) *Corresp.*, XI, págs. 138-140.

(5) *Arguments demonstrating the continuance of war to be preferable*

virtud del artículo preliminar no podrán ser renovados nuestros antiguos tratados, y sin embargo de esto devolvemos á Francia y á sus aliados todas sus colonias, restablecemos el comercio de Francia con estas colonias y con estos aliados y nos privamos del monopolio que en este tráfico hemos gozado. Autorizamos á Francia para que establezca con España, Italia, Suiza y Holanda un sistema mercantil que destruya nuestra acta de navegacion é impida la importacion y tránsito de mercancías, etc., etc. Actualmente, ganamos cada año 36 millones de libras en los negocios mercantiles, cuyo valor asciende á 70 millones: con la paz perderemos todo el comercio que hacíamos con la Martinica, Santa Lucía, Tabago, Santo Domingo, Demerara, Essequibo, Berbice y las islas Molucas holandesas, pasando toda nuestra pérdida á convertirse en ganancia para nuestros enemigos. Perderemos toda la navegacion, todo el servicio de nuestros marinos que hace necesario el tráfico con esas colonias. Apreciando el valor de todas estas cosas aunque no sea mas que en 10 millones anuales, que han perdido nuestros enemigos y que nosotros hemos ganado, resultará una diferencia de 20 millones de libras al año. Antes de la guerra teníamos un tratado de comercio ventajoso con Holanda, los Países Bajos austriacos y Francia, y prescindiendo de algunos artículos puede decirse que tambien eran ventajosos los firmados con España, el Piemonte, Toscana, Nápoles y otros. Ahora no tenemos tratado alguno con estos países, á excepcion de Nápoles. ¡Cuán fácilmente podrá ahora la Francia estrechar sus lazos de union con estos territorios, recabando para sus propias manufacturas, así de origen indígena como procedentes de las colonias, privilegios exclusivos en perjuicio de los de la Gran Bretaña y excluyendo los productos ingleses hasta tanto que Inglaterra

to the conclusion of peace in *Letters and Desp. of lord Castlereagh*. Londres, 1851, tomo V, págs. 25-28. El autor de la memoria, en la que no hay título ni fecha ni firma, fué reconocido por su escritura.

suavice su acta de navegacion! Este seria el medio mas seguro de acabar con nuestra industria algodouera, reteniendo la primera materia, y de destruir nuestro comercio de lanas con la manufactura de las lanas españolas: esto seria un poderoso acicate para su propia industria manufacturera, y es indudable que nuestros mismos capitalistas prestarían su dinero, pues el capital no tiene patria, y nuestros fabricantes emigrarian si disminuía el trabajo en nuestro país. Esto ocasionaría á nuestro comercio una pérdida por lo menos de 5 millones de libras, y entonces tendríamos un ingreso anual de 36 millones sobre un movimiento comercial de 55, en vez de 70 millones de libras. ¡Quién puede calcular las consecuencias de tal retroceso en nuestro comercio! ¡Cuántos descon-

tentos, cuánta emigracion, cuánto abatimiento, cuántas bancarrotas!

»Yo temo que con ayuda de los documentos oficiales necesarios se probaría que con el predominio de este sistema la paz seria nuestra completa ruina, pues no hay de seguro en la paz preliminar nada que pueda evitarla. Dejemos que dure la guerra marítima, que así durará tambien nuestro monopolio mercantil, aumentará cada dia nuestra afluencia á las colonias extranjeras y empeorará la situacion de nuestros enemigos, pues éstos solo podrán adquirir indirectamente de nosotros los artículos coloniales que hayan de comprar. La necesidad de pagarlos mermará su capital y les impedirá dar nueva vida á sus propias manufacturas: el estado interior de



El ejército francés saliendo del campamento de Boulogne.

Francia y de sus aliados irá siendo cada vez peor. España está al borde de la bancarrota y si los franceses se apoderan de Portugal y de Nápoles, ó inducen á estas naciones á excluirnos de sus relaciones comerciales, nos arrebatarán una gran parte de nuestro comercio de transporte y contribuirán á que nuestras transacciones mercantiles con estos países las hagan las potencias neutrales, en vez de hacerlas nosotros mismos. La conquista de Portugal por los franceses nos daría el Brasil. El aumento de nuestra deuda pública, producido por dos ó tres años mas de guerra, no seria por lo mismo tan funesto para nuestra hacienda como la paz proyectada, que ha de ser nuestra cierta y positiva ruina, al paso que la guerra nos dará, por lo menos, la posibilidad de un arreglo ventajoso. Los pensamientos y los actos de Francia tienden á destruir nuestro poderío como potencia marítima y mercantil y á arruinar nuestra hacienda, y el mejor medio para conseguir este objeto seria firmar una paz definitiva análoga á la paz preliminar.»

A pesar de estos apremiantes consejos, la paz de Amiens contenía, bajo este punto de vista, los mismos vacíos que la

preliminar de Londres: en ella nada se decia de los derechos, ventajas y tratados de Inglaterra en la cuestion del comercio y navegacion, y esto no pasó inadvertido sino que causó gran impresion en la opinion pública y en la prensa: únicamente los gobernantes no se cuidaban de ello. El *Annual Register* de 1802 (1) se quejaba amargamente de que, contra toda costumbre, en los 22 artículos del tratado de Amiens (2) no se hablara una sola palabra de los antiguos tratados, destruyéndose con este silencio la base jurídica aun existente de la organizacion de los pueblos y Estados de Europa. A ella pertenecian muchos derechos honoríficos, mercantiles y de propiedad que la Gran Bretaña habia logrado adquirir á costa de sus riquezas y de su sangre y que, en los anteriores tratados de paz, habian sido cuidadosamente conservados por sus mas importantes hombres de Estado, derechos que eran los antiguos privilegios del pabellon británico, «cuyo altivo y glorioso ejercicio, — decia el *Register*, — era la mejor garantía de

(1) *The Annual Register or a View of the History, Politics and Literature for the year 1802*. Londres, 1803, pág. 162.

(2) *The Annual Register*, etc., págs. 608-614.



nuestra preponderancia nacional:» el derecho de limitar el comercio francés en la India, como se había establecido en el convenio de 1787; el derecho de hacer el productivo comercio de la goma en las costas de Africa, que solo descansaba en los antiguos tratados con Francia, y el privilegio de cortar madera de campeche en la bahía de Honduras. «Contraviniendo á todos los usos constantes, el tratado de paz inglés no mencionaba ningún convenio mercantil entre Inglaterra y una de las otras partes contratantes (Francia, España y Holanda). La Francia en sus nuevos tratados con Rusia, Portugal y la Puerta había procurado obtener las condiciones mas favorables para su comercio y para su navegacion; el tratado de Amiens, en cambio, consideraba estas cosas como poco dignas de atencion. Con esta omision, se añadía, hemos sacrificado realmente nuestro comercio con Holanda, España, Portugal, Toscana y Génova y, en una palabra, con toda potencia sometida á la influencia francesa, y esto hubiera podido evitarse con solo seguir aquellos principios fundamentales en toda negociacion que han sido corroborados por antigua experiencia y anteriores usos.»

La demostracion de estas cosas, que por regla general no fueron seguidas, nos parece mucho mas importante que todas las vaciedades que se dijeron con motivo de la evacuacion de Malta. La obra de paz del ministerio Addington fué obra de la falta de talento y de la precipitacion, en virtud de las cuales se olvidó ó se prescindió de todo aquello que los ministros ingleses no solian nunca olvidar. El imperio de islas y de colonias que se llamaba Gran Bretaña era por su esencia una potencia marítima y mercantil: los Estados del continente europeo eran para Inglaterra simples mercados de salida para sus productos coloniales y para sus manufacturas y su lucha con Francia no había tenido mas objeto que conservar esta soberanía sobre tales mercados, sobre los caminos que por tierra y por mar á ellos conducian y sobre los mares, ríos y colonias. En su consecuencia, toda paz firmada con Francia que no hiciera mencion del objeto de esta guerra era un absurdo y una contradiccion. Únicamente un ministerio que ignorase por qué se había combatido podía aceptar esta paz, y solo podía desear su continuacion mientras viviera equivocado acerca de los verdaderos intereses mercantiles de la oligarquía imperante. Una vez destruido este error, era natural que el menor pretexto fuese bastante para librarse de semejante paz negándose á cumplir la mas importante condicion en ella impuesta. La situacion á que había llegado Inglaterra á consecuencia del tratado de 27 de marzo de 1802 era tal, que no podía quebrantar la paz sin faltar á su lealtad y á su buena fe y al propio tiempo no podía continuar en ella sin arruinarse (1). Con solo señalar este hecho queda dicho todo respecto de un ministerio que tal situacion había creado.

Cuando, en 18 de mayo de 1803, el rey declaró de nuevo la guerra, hízolo por medio de un manifiesto (2) en el cual se relataban una multitud de ataques reales ó fingidos de Francia, pero entre ellos no había ninguno que se opusiera á ningún artículo de la paz de Amiens. Dicho documento comenzaba por una queja muy sentida acerca de la cuestion principal, es decir, acerca de la presion que, antes y despues de la paz, había ejercido la Francia sobre el comercio y la navegacion de Inglaterra, sin atender nunca á reclamacion alguna: pero precisamente en esto se veía la culpa del ministerio que

(1) Sus ministros gobernantes, los mas medianos que jamás había tenido, la habían colocado en la posicion mas falsa al firmar un tratado que Inglaterra no podía romper sin faltar á la fe pública ni cumplir sin perderse. — *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*. Paris, 1834, tomo VIII, pág. 220.

(2) *Annual Register*, 1803, págs. 734-742.

había firmado una paz marítima sin evitar la continuacion ó renovacion de la guerra mercantil. El rompimiento de la paz de Amiens (3) no podía justificar á este gabinete sin censurarle acerbamente por haberla antes firmado. Si triste fué el final de su política de paz, no fué mas glorioso el comienzo de su política de guerra.

Nuestro juicio crítico sobre la conducta de Inglaterra en la cuestion de Hannover no puede ser en manera alguna favorable: de la misma manera y aun mas duramente la han juzgado ingleses imparciales. «A pesar de que el ataque dirigido contra Hannover, — dice el *Annual Register*, de 1803 (pág. 233), — estaba desde hacia mucho tiempo anunciado, los ministros ingleses de S. M. no hicieron nada para defender sus territorios alemanes, ni para asegurar la retirada del ejército hannoveriano, privando con ello á las fuerzas militares inglesas de un contingente importante.» Lo único que hizo Inglaterra por Hannover fué enviar allí al duque de Cambridge, en nombre del cual, con irreflexion suma, se publicó el conocido llamamiento á las armas. El duque prometió compartir todos los peligros con los hannoverianos; pero entre éstos y él había una gran diferencia, pues continuamente había una fragata dispuesta para, en caso de una derrota, conducir á S. A. R. á Inglaterra, mientras que la poblacion de Hannover y el ejército quedaban sin defensa alguna para resistir los ataques de un enemigo á quien de esta suerte se aguijoneaba tan inútilmente. Hannover era para Francia un importante botin, y á su conquista no opuso Inglaterra el menor obstáculo, porque no llegó á comprender todo el valor de este país hasta que lo vió en poder de los franceses. «Siempre ha sido una de las preocupaciones populares de la nacion inglesa, preocupacion que en algunas ocasiones supieron explotar ciertos ministros ganosos de popularidad, la de que el Hannover era mas bien una carga que una posesion ventajosa para Inglaterra; pero cuando se vió el afan con que Francia aspiraba á libertar á S. M. del peso de esta carga, la opinion popular sufrió un cambio y la gran mayoría del pueblo comenzó á creer, teniendo en cuenta la gloria ó simplemente el interés de la nacion, que aquel país debía haber sido defendido y conservado.»

Inglaterra no había tenido nunca un ministerio tan inepto como éste para los asuntos de la guerra y de la paz; así es que le fué imposible sostenerse cuando los preparativos de Napoleón en Boulogne tomaron un aspecto que dió á la continuacion de tal gobierno el carácter de un verdadero peligro público.

En este sentido aconsejó Pitt, en 2 de mayo de 1804, al rey que formara un nuevo gabinete que juntara, para ponerlos al servicio del país, los talentos de todos los partidos, las fuerzas parlamentarias de todos los colores políticos, sin tener en cuenta la situacion que hasta entonces habían ocupado y olvidando los antiguos odios, con lo cual la union compacta en el interior vendría á ser la mayor garantía de la seguridad y desenvolvimiento de fuerzas en el exterior. «Una administracion fuerte y robusta, — decia, — no dificultada por una oposicion poderosa en el Parlamento ó en el país, nos dará el mejor y quizás el único medio de atraernos el respeto y la confianza de las potencias extranjeras y de utilizar las circunstancias propicias que puedan presentarse, uniéndolas de nuevo para una accion comun y grande, con lo cual quedará destruida la preponderancia de Francia y encerrada dentro de los límites que la hagan llevadera á los demás Estados (4).»

El rey Jorge III no tardó en reconocer la verdad de esta

(3) Véase mas arriba.

(4) Véase la carta íntegra en Stanhope, Pitt, tomo IV, pág. 430.

situacion y en seguir el camino que por ella se imponía. En su contestacion (1) de 5 de mayo, pidió con palabras duras á su ministro cuenta de «la poca delicadeza, por no decir otra cosa,» con que le había inducido á quebrantar el juramento de la corona y á obrar contra la base que servía de apoyo á la Constitucion religiosa inglesa, es decir, contra el acta del Test (2), á pesar de haber él mismo declarado, en 1796, en la Cámara de los Comunes que toda modificacion en este punto significaba la muerte de la Constitucion inglesa. Por esto impuso como condicion esencial que Pitt le prometiera, en nombre de su partido, mantener íntegra esta sabia ley. A esta condicion, que sin dificultad alguna podía Pitt aceptar, añadió el monarca otra que venía á destruir todo el plan de Pitt, á saber: que Fox quedara excluido del nuevo gabinete. «Toda la conducta de Fox, desde que abandonó su puesto en el Echiquier antes de cumplir la edad reglamentaria y sus discursos en el club de los Whigs y en otras asambleas facciosas hacen necesario excluirle del Consejo secreto y obligan al rey á manifestar su sorpresa por haber el señor Pitt abrigado, siquiera por un momento, la idea de atraer la atencion del rey sobre tal personaje. Para evitar que pueda reproducirse esta idea, declara el monarca que si el señor Pitt persiste en ella ó en la de consultar á lord Grenville, S. M. se verá imposibilitado de utilizar las aptitudes del señor Pitt con las necesarias limitaciones. Esto sentado, S. M. no se opone á que el señor Pitt forme para la direccion de los públicos negocios una combinacion que pueda parecer satisfactoria en todas las situaciones. Pero si desgraciadamente el señor Pitt no pudiera llevar á cabo lo que se le propone, el rey, en este caso, llamaría en su ayuda á hombres verdaderamente fieles á nuestra feliz Constitucion y no reformadores que, á los ojos de las personas imparciales, solo tienden á la destruccion de este noble edificio, orgullo de todos los pensadores y envidia de las naciones extranjeras.» Tal era el contexto de la carta escrita en nombre del rey á Pitt. El principio de la enfermedad mental que de nuevo atacó al monarca tuvo gran parte en el tono duro de esta carta; pero en realidad solo expresaba el pensamiento á que siempre había permanecido y quería seguir permaneciendo fiel. A pesar de todas sus instancias, solo consiguió Pitt que el rey consintiera, al fin, en admitir á lord Grenville y á su partido, incluso los amigos de Fox, pero en cuanto á la inclusion de éste en el gabinete mostrase absolutamente decidido á no aceptarla, lo cual influyó en la composicion de todo el ministerio. Fox no había esperado del rey otra cosa y se portó con tanta nobleza que suplicó á sus amigos que no consideraran su exclusion como un obstáculo para formar parte del gabinete Pitt: ellos, sin embargo, no accedieron á sus súplicas, sino que resolvieron no aceptar este sacrificio y no entrar sin su jefe en el ministerio. El mismo acuerdo tomó el partido de Grenville, por lo cual Pitt no tuvo mas recurso que formar una lista en la que figuraban los seis nombres de otros tantos individuos del gabinete Addington, y de todo esto resultó un gabinete que podía tener por segura la antigua oposicion del partido de Fox y la nueva del de Grenville, es decir, precisamente lo contrario de lo que Pitt se había propuesto.

En tales circunstancias, la política interior no podía producir mejores frutos que los que hasta entonces había producido. Inglaterra tuvo que darse por satisfecha con que los negocios exteriores tomaran nuevo vuelo, y así sucedió, en efecto, cuando Pitt firmó con el joven czar Alejandro una alianza guerrera, en virtud de la cual Inglaterra obtuvo un

(1) Pitt, tomo IV, págs. 434-436.

(2) Véase lo ya dicho anteriormente.

apoyo contra Francia mas poderoso que el que podían proporcionarle sus milicias y sus voluntarios.

Hasta entonces, alegrábase Inglaterra del fabuloso incremento que desde el rompimiento de la paz de Amiens había vuelto á adquirir su comercio y que constantemente iba en aumento á medida que tomaba mayor fuerza la certeza de la duracion de la guerra. Poco antes de formarse el segundo ministerio de Pitt dirigióse desde Lóndres al gabinete de Berlín la siguiente comunicacion (3): «¡Cuán grandes, cuán brillantes son los progresos que de dos años á esta parte han hecho, gracias á la experiencia, las sanas doctrinas de la antigua administracion! Estas doctrinas, antes limitadas á un pequeño círculo de preclaros talentos, han llegado á vulgarizarse: hoy todo el mundo comprende que el aumento de los impuestos no es la causa de la ruina de una nacion, cuando los productos de ésta se van aumentando rápidamente, sino que esta ruina viene cuando la produccion disminuye con mayor rapidez que las contribuciones. Pues bien, los ingresos del Estado y de los hombres de negocios fueron aumentando de día en día bajo la administracion de Pitt, y la industria prosperó en gran manera; pero apenas se hubieron firmado los preliminares de la paz, el restablecimiento de la competencia mercantil disminuyó considerablemente las ganancias del comercio y los ingresos y debilitó de nuevo la industria. Estas calamidades habían sido ya sentidas en 1802, pero aun eran mayores las que amenazaban, y esto contribuyó en gran parte al clamoreo general contra la paz á que se entregaron precisamente aquellos que antes tanto habían clamado contra la guerra.» «Desde que se reanudó ésta, los ingresos del Estado han tomado nuevo incremento excediendo á las cargas que sobre nosotros puedan pesar, por grandes que sean, tanto mas cuanto que por lo mismo que no tenemos aliados no hemos de pagar subsidio alguno (4).»

El czar Alejandro I (nacido en 1777) se había entregado, siendo gran duque, al mas sentimental idealismo, que poco á poco iba haciéndole menos ruso y á cuya influencia vivió sometido durante toda su vida, á pesar de las duras lecciones que le proporcionó su destino apenas se hubo hecho cargo del gobierno. César Laharpe enseñó al heredero del mas absoluto de los tronos de la cristiandad á admirar el *Contrato social*, de Rousseau, la libertad, la igualdad y los derechos del hombre, la cultura, la Revolucion y la República de los franceses, y fué precisamente á un polaco á quien permitió estos raptos de entusiasmo cuando, por otro lado, condenaba en absoluto la política polaca de su abuela.

El joven príncipe Adan Czartoryski había tomado parte muy activa en cuantas tentativas se hicieron, desde el golpe de Estado del 3 de mayo de 1791, hasta la sublevacion de 1794, para el renacimiento de Polonia, y cuando todo esto hubo ya pasado fué invitado en 1796 por la emperatriz Catalina para que con su hermano pasara á San Petersburgo, donde los dos polacos fueron detenidos en rehenes para servir de garantía de la sumision de sus compatriotas (5). El gran

(3) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, tomo VIII, págs. 224-225.

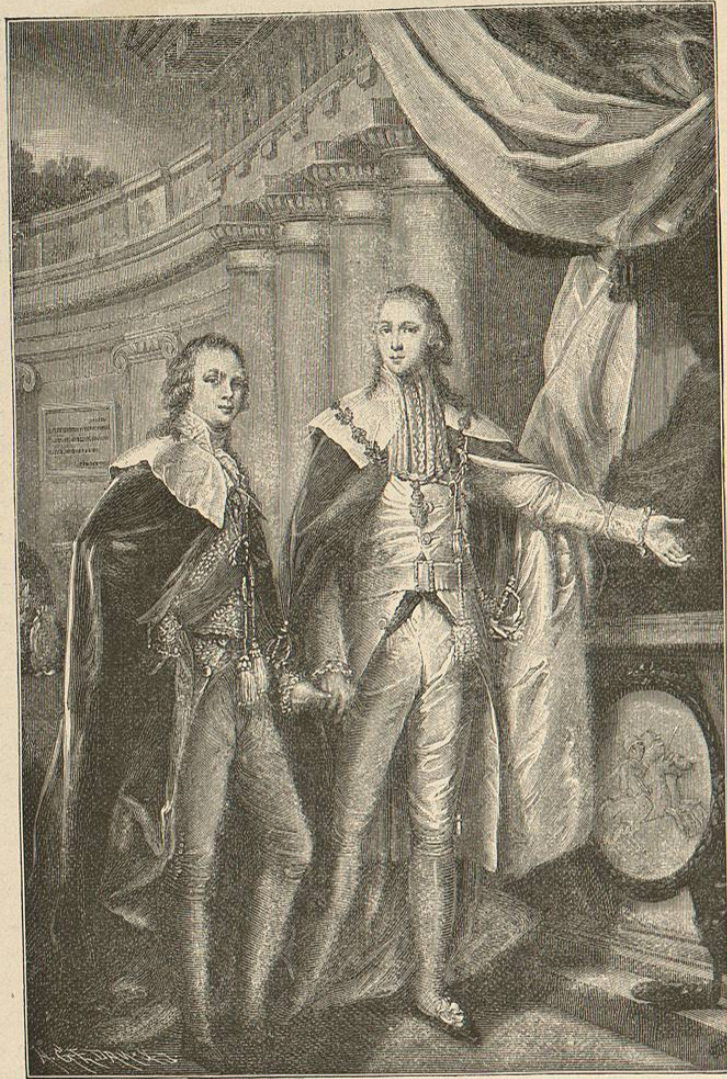
(4) En las *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, pág. 223, se encuentra tambien la siguiente noticia: «La Inglaterra, á quien la reanudacion de las hostilidades devolvía un comercio universal, momentáneamente atenuado por una paz corta y cuyos rendimientos jamás (?) habían pasado de 30 millones de libras esterlinas, los vió elevarse á 38 millones y un pico de 401,712 francos; hizo un empréstito de 14 millones de libras esterlinas, cuyos intereses y amortizacion estaban garantidos por ingresos seguros, lo cual le permitía gastar aquel año 52.401,738 libras esterlinas (1,257.641,712 francos).»

(5) *Alexandre I et le prince Czartoryski. Correspondance particulière et conversations p. p. le prince Ladislas Czartoryski, avec une introduction par C. de Macade*. Paris, 1865, pág. VIII.



duque Alejandro trabó con ellos estrecha amistad, y cierto día les hizo la sorprendente confesion de que no participaba de las ideas ni de las doctrinas de la corte y del gabinete, de que no aprobaba la política ni la conducta de su abuela, de que había intercedido en favor de Polonia y de sus gloriosas luchas, de que había sentido su ruina y de que para él Kosciusko era tan grande por sus virtudes como por la causa que había defendido, pues era la causa de la humanidad y del derecho. Añadióles que odiaba el despotismo, fue-

ran cuales fuesen el lugar y la forma en que se ejerciera, que amaba la libertad, que por igual se debía á todos los hombres, que se había interesado vivamente por la Revolucion francesa y que deseaba buen éxito á la República, por mas que desaprobaba sus terribles yerros. Hablaba con veneracion de su profesor Laharpe, á quien apreciaba como ejemplo de alta virtud, de sabiduría y de consecuencia de principios y de carácter: decia que todo lo bueno que había aprendido se lo debía á él, que le había infiltrado especial-



Los grandes duques Alejandro y Constantino, hijos de Pablo I.

De un croquis de Lampi, que se encuentra en el Eremitage imperial de San Petersburgo.

mente los principios de justicia y de verdad que tenía la dicha de llevar impresos en su corazón. Desde la partida de Laharpe no había manifestado estos sentimientos mas que á su esposa, que participaba de ellos, y á sus jóvenes amigos de Polonia, pues en Rusia no había nadie capaz de profesarlos ni siquiera de comprenderlos: los había tenido secretos aun de su propio hermano Constantino. Los dos polacos quedaron aun mas admirados del radicalismo de las ideas de Alejandro que de su propia franqueza. El gran duque sostenía muy formalmente que la sucesion hereditaria era una institucion injusta y absurda, pues el poder supremo no debía proceder de la casualidad de un nacimiento, sino que debía ser conferido por la nacion, la cual sabia elegir al mas apto para gobernarla. Czartoryski, fundándose en la experiencia que como republicano había podido hacer en la república de Polonia, rebatió estas ideas erróneas, di-

ciéndole que el procedimiento electivo con todas sus vicisitudes no había podido arraigarse en Polonia, y que Rusia aun estaba menos preparada que aquella para tales instituciones; añadióle que en el caso presente Rusia nada ganaría con ellas, pues habían de ser seguramente causa de la ruina del hombre que por la nobleza y pureza de sus intenciones pudiera pretender con mejor derecho el poder del Estado.

Desde estos ensueños, á los cuales se había entregado con demasiada confianza, el gran duque Alejandro vióse lanzado por el carácter tirano de su padre, medio loco, al extremo completamente opuesto, que se le presentó desde luego bajo su aspecto mas terrible.

El cambio repentino de la política del emperador Pablo no había producido gran impresion ni en la corte ni entre la poblacion; sin embargo, si en Rusia hubiese existido una opinion pública, que hubiera sido la expresion fiel de los

sanos instintos populares, habría sido visto con agrado como un acto que tendía á abandonar un camino completamente falso. La lucha en pro de la contra-revolucion en Francia, Holanda, Italia y Suiza tenía que ver tan poco con los intereses populares y políticos de Rusia como las órdenes de Malta y de los jesuitas, á las cuales tanto favor dispensaba el jefe de la cristiandad griega. No sucedía lo mismo con la lucha por el derecho marítimo de los neutrales y por la liberacion del Báltico de la tiranía de los ingleses. Si en este

momento en que el emperador abandonaba un romanticismo anti-ruso para abrazar una política verdaderamente rusa, perdía su trono y su vida á consecuencia de una revolucion palaciega, bien podía afirmarse que este hecho se debía á motivos personales y no á razones políticas.

Cuando el emperador Pablo se lanzó á la guerra contra Inglaterra estaba personalmente en lucha con toda su corte. Los antiguos favoritos de las dos familias, sin mas causa que la dureza de carácter de Pablo, habían sido injuriados,



La emperatriz María Feodorowna, esposa de Pablo I.

maltratados, destituidos y desterrados: los nuevos favoritos temblaban á cada momento temiendo verse condenados á idéntica suerte; los indultados, que habían regresado de Siberia fiados en la promesa de ser restituidos en sus cargos, sufrieron un desengaño, y su miseria les hizo figurar en el número de aquellos á quienes solo la desesperacion convertía en conspiradores. En definitiva, altos dignatarios y confidentes íntimos del emperador fueron los que, sabiéndolo su esposa y con anuencia de su propio hijo, tramaron aquel complot motivado por la legítima defensa contra el sistema de persecucion emprendido por el emperador, aquella conjuracion de los círculos gobernantes de Rusia contra su jefe que se había vuelto poco menos que loco (1).

(1) El asesinato del emperador Pablo I en 23 de marzo de 1801, según los documentos del conde Bennigsen, en la *Revista histórica*, t. III (1860), pág. 132. Bernhardt: *Historia de Rusia*, tomo II, pág. 421.

La conducta del gran duque Alejandro fué decisiva en aquella empresa. Ni Alejandro ni su hermano Constantino habían respetado nunca á su padre como tal. La abuela, Catalina, había sacado desde edad muy temprana á sus nietos del poder de sus padres, haciéndoles educar á su lado en San Petersburgo, mientras que Pablo y su esposa vivían en Gatschina. Cuando Pablo se hizo cargo del gobierno sus dos hijos los grandes duques habían contraído ya matrimonio y eran tan extraños para él como si nunca se hubiesen conocido. El emperador, sin embargo, odiaba á su primogénito porque creía que Catalina había querido llamarle á la sucesion prescindiendo de él por completo; así es que ora le trataba con ofensiva frialdad, ora con rigor inusitado y siempre como á un enemigo constantemente en acecho, hasta que acabó por romper abiertamente con él. En febrero de 1801 presentóse en San Petersburgo el sobrino de la emperatriz